

De pronto las rodillas de Graham se doblaron, la mano asida al pilar cayó inerte, tambaleó adelante y rodó por el suelo.

CAPITULO IV

EL RUMOR DE UN TUMULTO

La última impresión de Graham, al desmayarse, fué la de un ruidoso clamoreo de campanas. Después supo que había estado insensible, suspendido entre la vida y la muerte, cerca de una hora. Cuando recobró los sentidos, estaba tendido en su transparente colchón, y sentía un saludable calor en el corazón y en la garganta. El aparato que llevaba al brazo había desaparecido, ocupando su puesto un vendaje. Los blancos bastidores se veían aún, pero la verdosa y transparente substancia que encajaba en ellos, no estaba ya. Un hombre con vestiduras de color violeta oscura, uno de los que había visto en la terraza, le contemplaba intensamente.

Remoto, pero insistente continuaba el clamoreo de las campanas y otros confusos sonidos, que le parecieron como el resultado de una gran multitud gritando á un tiempo. Algo pareció alejar este tumulto; una puerta súbitamente cerrada.

Graham movió la cabeza.

—¿Qué significará todo esto?—dijo lentamente.—¿En dónde estoy?

Vió al hombre de pelo rojizo que había sido el primero en descubrirse. Una voz pareció preguntar que qué decía, pero se le impuso silencio bruscamente.

El hombre del color violeta, contestó con una suave voz, hablando en inglés, pero con acento ligeramente extranjero, ó que sonó así en los oídos del durmiente:

—Está usted completamente seguro. Se le trajo á usted del lugar donde quedó dormido. Está usted seguro.

Ha estado usted aquí algún tiempo... durmiendo. En un éxtasis.

✓ Dijo algo más que Graham no pudo oír, y una pequeña redoma le fué tendida por encima de él. Graham sintió una sensación de frescura, una fragante niebla se cernió un momento sobre su frente, y su sentimiento de mejoría aumentó. Cerró los ojos con satisfacción.

—¿Se siente usted mejor?—dijo el de color de violeta cuando Graham abrió los ojos. Era un hombre de agradable rostro, de unos treinta años, con una barba puntiaguda y un broche de oro en el cuello de su túnica violeta.

—Sí—dijo Graham.

—Ha estado usted durmiendo algún tiempo. En estado cataléptico. ¿Lo oye usted? Cataléptico. Quizá le extrañe á usted al principio, pero puedo asegurarle á usted que todo va bien.

Graham no contestó, pero aquellas palabras consiguieron su propósito tranquilizador. Sus ojos recorrieron uno tras otro los tres rostros que tenía delante. Estos le miraban de un modo extraño. Conocía que debía estar en algún lugar de Cornwall, pero no podía compaginar ciertas cosas con esta impresión.

El recuerdo de algo que había estado en su mente durante sus últimos momentos de vigilia en Boscastle, surgió en ella; una cosa decidida y no llevada á cabo.

—¿Han teleografiado ustedes á mi primo?—preguntó. —Warming, Chaucery Laue, 27?

Todos escuchaban atentamente. Pero tuvo que repetirle.

—¿Qué dejo más raro hay en su acento!—murmuró el hombre de pelo rojizo.

—¿Telegrafiar, señor?—dijo el joven de la barba puntiaguda evidentemente intrigado.

—Quiere decir enviar un despacho eléctrico—observó el tercero, plácido jovencillo de diez y nueve á veinte años.

El de la barba puntiaguda lanzó una exclamación.

—¿Que estúpido de mí! Esté usted seguro de que todo se hará, señor—dijo á Graham.—Me temo que va á ser difícil... telegrafiar á su primo. No está ya en Londres.

Pero no se preocupe usted por nada de eso ahora; ha estado usted durmiendo muchísimo tiempo, y lo importante es su restablecimiento.

—¡Oh!—exclamó Graham y se conservó tranquilo.

Todo era admirable, pero aparentemente aquellos personajes de extraordinaria vestidura estaban al tanto de todo lo que les rodeaba. Sin embargo, le parecían raros ellos y raro el aposento. Parecía como si estuviese en un lugar nuevamente establecido. Tuvo un súbito destello de sospecha. ¿Seguramente no estaría en alguna galería de exposiciones? Si era así, ya se lo diría á Warming de misas. Pero esta sospecha no le pareció fundada. Y en una galería de exposiciones no se hubiese encontrado desnudo.

Entonces, súbitamente, casi instantáneamente, se dió cuenta de lo que había ocurrido. Se le ocurrió que su sueño había durado un vasto intervalo de tiempo. Como si por algún procedimiento de leer los pensamientos hubiese interpretado el asombro de los semblantes que le rodeaban, mirólos extrañamente, lleno de intensa emoción; parecía leer en sus labios. Movi6 los labios para hablar y no pudo. Un extravagante impulso de ocultar su sospecha, le asaltó casi en el momento de hacer el descubrimiento. Miró sus desnudos pies, y luego á los hombres, silenciosamente. Su deseo de hablar había pasado; temblaba excesivamente.

Diéronle un rosado fluido de verdosa fosforescencia y cierto gusto particular, y la seguridad de un aumento de fuerzas, creció.

—Esto... esto me ha sentado bien—dijo roncamente, y se oyó un murmullo de respetuosa aprobación. Estaba plenamente convencido. De nuevo probó á hablar y de nuevo le fué imposible.

Se apretó el pecho y probó una tercera vez.

—¿Cuánto tiempo?... —preguntó con débil voz. —¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Un espacio considerable de tiempo—dijo el de color violeta echando una rápida ojeada á los demás.

—¿Cuánto?

—Mucho tiempo.

—Sí, sí—dijo Graham súbitamente encolerizado. —¿Pero yo deseo!... ¿Ha sido... ha sido cosa de años? ¿Muchos años? Aquí había algo... he olvidado el qué. Pero ustedes...—sollozó,—ustedes no necesitan fingir conmigo. ¿Cuánto tiempo?...

Se detuvo su respiración jadeante, se apretó los ojos con los nudillos y esperó una respuesta.

Los hombres hablaban en voz baja.

—¿Cinco ó seis?—preguntó él débilmente.—¿Más?

—¡Mucho más!

—¡Más!

—Más.

Les miró un momento y repitió su pregunta.

—Muchos años—dijo el hombre de la barba rojiza.

Graham se sentó en la cama y enjugó una lágrima que corría por su rostro, con el dorso de la mano.

—¡Muchos años!—repitió.

Cerró los ojos fuertemente y abriólos después, y contempló todas aquellas cosas desconocidas una tras otra.

—¿Sobre cuántos años?—preguntó.

—¿Está usted preparado para recibir la sorpresa?

—¡Y bien!

—Más de una gruesa de años.

Le irritó la extraña palabra.

—¿Más de una *qué*?

Dos de los hombres cambiaron algunas palabras. Algunas observaciones que hicieron sobre «el sistema decimal» no fueron oídas por el durmiente.

—¿Cuánto tiempo ha dicho usted?—preguntó Graham. —¿Cuánto? No me miren ustedes de ese modo; conténtenme.

—Más de un par de siglos.

—¿Qué?—dijo volviéndose al que creía que había hablado.—¿Qué dice? ¿Qué es eso? ¡Un par de siglos!

—Sí—dijo el hombre del pelo rojizo.—¡Doscientos años!

Graham repitió las palabras. Se había preparado para oír hablar de un larguísimo sueño, pero sin embargo, aquel número de años le aterró.

—¡Doscientos años!—dijo otra vez con la figura de

un gran abismo abriéndose lentamente en su mente; y después:—¡Oh, pero!...

Los otros no dijeron nada.

—¡Ustedes... ustedes dicen!...

—¡Doscientos años! ¡Un par de siglos!—dijo el de la barba roja.

Hubo una pausa. Graham les miró á la cara y comprendió que lo que le habían dicho era realmente cierto.

—¡Pero eso no puede ser!—dijo plañideramente.— ¡Yo estoy soñando! ¡Arrobamiento! ¡Pero los arrobamientos no duran!... Esto no es serio... esto es una broma que me quieren dar ustedes. Díganme... ¿no hace algunos días, quizás, que yo paseaba á lo largo de la costa de Cornwall?...

Le faltó la voz.

El hombre de la barba puntiaguda vaciló.

—No soy muy fuerte en historia, señor—dijo, y miró á los otros.

—Así es, señor—dijo el más joven,—Boscastle, en el antiguo ducado de Cornwall... al sudoeste de la comarca, más allá de los prados. Todavía existe allí una casa. Yo he estado en ella.

—¡Boscastle!—Graham volvió los ojos al joven.—Allí fué... en Boscastle. El pequeño Boscastle. Me quedé dormido... en cualquier parte. No lo recuerdo exactamente. No lo recuerdo.

Y frunció las cejas murmurando:

—¡Más de *doscientos años!*

Comenzó á hablar vivamente con un rostro tembloroso, y frío el corazón dentro del pecho.

—¿Pero si hace doscientos años, todos aquellos á quienes yo conocí, hablé ó vi, deben haber muerto?

No le contestaron.

—La reina y la real familia, sus ministros, Iglesia y Estado. Altos y bajos, pobres y ricos, todos...

—¿Existe aún Inglaterra?

¡Siempre es un consuelo! ¿Y esto es Londres?

Conque es Londres ¿eh? Y ustedes son mis guardianes... mis asistentes ¿eh?

En su rostro se pintaba una expresión indefinible.

—¿Por qué estoy aquí? ¡No! ¡No hablen! Quietos. Déjenme...

Se interrumpió quedando en silencio, se frotó los ojos, y al volver á mirar, vió que le tendían otra redomita de rosado fluido. Tomó la dosis. En seguida que lo hubo tomado comenzó á llorar con naturalidad sintiéndose aliviado.

De pronto miróles, rió á través de sus lágrimas, y...

—¡Pero dos...cientos... años!—dijo.

Gesticuló nerviosamente y se cubrió el rostro.

Después de un rato recobró la calma. Quedóse al borde de la cama, las manos sobre las rodillas, casi precisamente en la misma posición en que Isbister le encontró sobre el acantilado de Pentaigen. Su atención fué atraída por una voz gruesa y autoritaria, y las pisadas de una persona que se aproximaba.

—¿Qué están ustedes haciendo? ¿Por qué no se me ha avisado? ¿Me lo quieren ustedes decir? Creo que valía la pena. Alguien sufrirá las consecuencias. El enfermo debe guardar silencio. ¿Están cerradas las puertas? ¿Todas? Es preciso que haya quietud. Que no se diga nada... ¿ha trascendido esto?

El hombre de la barba rojiza dió algunas indistintas excusas, y Graham, mirando por encima de su hombro, vió aproximarse á un hombre de baja estatura, grueso, musculoso, sin pelo de barba, de aguileña nariz, y ancho cuello. Espesas cejas que se unían en la nariz y profundos ojos pardos daban á su rostro una feroz expresión. Contempló momentáneamente á Graham y luego volvió al individuo de color violeta.

—Esos otros—dijo con voz de extrema irritación,—pueden marcharse.

—¡Marcharnos!—dijo el de la barba rojiza.

—Sí... márchense ya. Pero cuiden ustedes de que las puertas no se abran.

Los dos interpelados obedecieron, aunque no sin cierta repugnancia, echando una mirada á Graham, y, en lugar de dirigirse por el arco, como éste esperaba, se encaminaron en dirección hacia la lisa pared opuesta al arco. Y entonces sucedió una cosa extraña; un gran trozo de

aquella, en apariencia sólida pared, se arrolló con un estallido, quedó suspendida sobre los dos hombres y cayó otra vez; é inmediatamente Graham quedó solo con el recién llegado y el hombre de la barba puntiaguda.

Durante cierto intervalo el hombre de la feroz expresión no se fijó en Graham, sino que procedió á interrogar al otro—indudablemente su subordinado,—acerca del tratamiento empleado con el durmiente. Hablaba claramente, pero con frases sólo en parte comprensibles para Graham. Su despertar parecía no solamente motivo de sorpresa para él, sino también de consternación y enojo. Evidentemente estaba profundamente excitado.

—No debe usted confundir su mente diciéndole cosas—repitió una y otra vez.—No debe usted confundir su mente.

Contestadas sus preguntas, volvióse con viveza, y miró al durmiente despierto con una expresión ambigua.

—¿Se siente usted admirado?—le preguntó.

—Mucho.

—¿Le parece á usted extraño lo que ve?

—Por extraño que me parezca tendré que vivir entre ello, supongo.

—Así supongo yo también.

—En primer lugar ¿no podía proporcionarme alguna ropa?

—Esos...—dijo el hombre fornido y se detuvo; el de la barba puntiaguda encontró su mirada y se alejó.—Dentro de poco tendrá usted ropas—dijo el que parecía jefe, dirigiéndose á Graham.

—¿Es cierto que he estado durmiendo doscientos años...?—preguntó Graham.

—¿Le han dicho á usted eso... ellos?—replicó el otro.

—Bueno... tanto montan doscientos como trescientos años.

Graham acogió la respuesta recibida con arqueadas cejas y contraídos labios. Permaneció silencioso unos momentos, y luego hizo una pregunta:

—¿Hay por aquí algún molino ó dinamo?—No esperó la respuesta.—¿Las cosas habrán cambiado tremendamente... supongo?—continuó.—¿Qué son esos gritos?—preguntó de pronto.

—Nada—dijo el hombre fornido con impaciencia.—La gente. Más tarde lo comprenderá usted mejor... quizás. Como usted dice, las cosas han cambiado.—Hablaban secamente, las cejas enarcadas, y la mirada como un hombre que quiere tomar una decisión.—Es preciso que le demos á usted ropa, y lo necesario, de todos modos. Será mejor esperar á que venga alguien. Nadie debe acercarse á usted. Necesita usted afeitarse.

Graham se frotó la barba.

El hombre de la barba en punta volvía hacia ellos, se detuvo de pronto, escuchó por un momento, hizo un movimiento al que parecía su jefe, y se encaminó precipitadamente por debajo del arco hacia la terraza. El vocerío se hacía más intenso, y el hombre fornido volvióse y escuchó también. Echó una maldición entre dientes y volvió los ojos á Graham con expresión poco amistosa. Era un conjunto de muchas voces, creciendo y decreciendo, gritando y chillando, y en una ocasión se oyó un sonido como de golpes y agudos gritos, y luego un crugido como el de madera rota. Graham prestó atención para distinguir algún sonido concreto entre el tumulto.

Entonces oyó, repetidas veces, un cierto estribillo. Durante un rato dudó de sus oídos. Pero seguramente repetían la frase de: «¡Que nos enseñen al durmiente! ¡Que nos enseñen al durmiente!»

El hombre fornido corrió súbitamente al arco.

—¡Maldición!—exclamó.—¿Cómo lo saben? ¿Lo saben ó lo ignoran?

Hubo quizás una respuesta.

—No puedo ir—dijo el jefe. Tengo que cuidarme de él. Dígales algo desde la terraza.

Oyóse una ininteligible réplica.

—¡Dícales que no ha despertado! ¡Cualquier cosa! A su criterio lo dejo.

Se acercó presuroso á Graham.—Es necesario que tenga usted ropa en seguida—dijo.—No puede usted detenerse aquí... y será imposible...

Se alejó, persiguiéndole un cúmulo de preguntas de Graham que quedaron sin respuesta. Un momento después estaba de vuelta.

—No puedo decirle á usted lo que ocurre. Es demasiado complejo para explicarlo. En un momento tendrá usted su ropa confeccionada. Sí... en un momento. Y entonces podré sacarle á usted de aquí. Ya verá usted como fuera tendremos bastantes molestias.

—¡Pero, esas voces! Están gritando...

—Algo sobre el «durmiente»... ese es usted. Tienen alguna intuición. No me lo puedo explicar... ni sé nada.

Un agudo timbre sonó á través de los confusos y lejanos rumores, y nuestro brusco personaje corrió hacia unos aparatos que había en el ángulo del salón. Escuchó por un momento, mirando una bola de cristal, inclinóse y dijo unas cuantas indistintas palabras; después encaminóse hacia la pared que había dado paso á los dos hombres. Se replegó de nuevo como una cortina, y el personaje esperó.

Graham levantó el brazo y estaba asombrado al ver la fuerza que le habían dado los cordiales. Echó una pierna fuera de la cama, y después la otra. Su cabeza no sentía ya confusión alguna. Apenas podía creer en su rápida curación.

El hombre de la barba puntiaguda volvió de la terraza, y en este momento, por otra puerta secreta apareció un hombre de barba entrecana, portador de un paquete y luciendo vestiduras color verde botella. Delante empujaba una especie de biombo.

—Este es el sastre—dijo el hombre fornido con un gesto de presentación.—No debe usted volver á usar eso negro. No comprendo cómo estaba por ahí. Pero lo comprenderé. ¿Será usted todo lo rápido que sea posible?—le preguntó al sastre.

El hombre del verde vestido se inclinó, y adelantándose se sentó junto á Graham, al borde de la cama. Sus modales eran calmosos, pero en sus ojos ardía la curiosidad.

—Encontrará usted muy alterada la moda, señor—dijo, y miró de reojo al hombre fornido.

Abrió su paquete con extrema ligereza, y una confusión de brillantes tejidos se desarrolló sobre sus rodillas.

—Usted vivía, señor, en un período esencialmente cilíndrico... el victoriano. Con una tendencia al hemisferio en los sombreros. Siempre curvas circulares. Ahora...

Sacó un pequeño aparato del tamaño y apariencia de un reloj de bolsillo, hizo girar el botón como para dar cuerda y una figurilla de blanco apareció á la manera de un kinestoscopio en el cuadrante, andando y dando vueltas. El sastre echó mano de una pieza de raso blanco.

—Esto es lo que yo opino que debe usted llevar—dijo.

El hombre fornido se acercó y se detuvo á espaldas de Graham.

—Disponemos de poco tiempo—dijo.

—Confíe usted en mí—dijo el sastre.—Me sigue mi máquina. ¿Qué piensa usted de esto?

—¿Qué es esto?—preguntó el hombre del siglo XIX.

—En sus tiempos, los sastres le mostraban á usted un figurín—dijo el sastre,—pero esta es nuestra moderna práctica.—La figurilla repitió sus evoluciones, pero con diferente traje.—O esta—y con una vuelta otra pequeña figura en un tipo más voluminoso de ropaje, apareció en la esfera. El sastre era vivísimo en sus movimientos, y miró dos veces al biombo mientras decía todo esto. Se alejó otra vez y un muchacho de aspecto anémico y pelo raso, con facciones del tipo chino, vistiendo una grosera túnica, azul pálido, apareció conduciendo una complicada máquina, que impelía, sin el menor ruido dentro del salón. Inmediatamente el pequeño kinetoscopio fué separado, y Graham invitado á colocarse delante de la máquina. El sastre hizo algunas observaciones al muchacho de pelo raso, que contestó en guturales tonos y con palabras que Graham no pudo comprender. El de tipo chino fué entonces á entablar un incomprensible monólogo en un rincón, y el sastre atrajo hacia afuera cierto número de brazos que terminaban en pequeños discos, continuando su extracción hasta que los discos quedaron aplicados sobre el cuerpo de Graham, uno en cada hombro, otro en los codos, otro en el cuello y así sucesivamente hasta

que por fin se encontró recubierto por ellos. Al mismo tiempo otra persona apareció por el biombo, detrás de Graham. El sastre se sentó moviendo un mecanismo que produjo un débil sonido rítmico en ciertas partes de la máquina, y momentos después golpeaba las palancas y Graham se vió en libertad. El sastre volvió á poner la cubierta negra, y el hombre de la barba puntiaguda le ofreció un vaso de algun flúido refrescante. Graham vió en la superficie del líquido el rostro pálido de un joven que le miraba fijamente.

El hombre de fiera expresión había estado paseando con impaciencia, y en este momento dió la vuelta, y se encaminó, á través del arco, hacia la terraza, desde la que el rumor de la multitud se distinguía con sus variantes y cadencias. El chino mozo dió al sastre un rollo del raso blanco y los dos comenzaron á colocarlo en la máquina de un modo que recordaba la colocación de un rollo de papel en una máquina de imprimir del siglo XIX. Después empujaron todo el aparato sobre sus cómodos y silenciosos soportes á través del salón, hasta un rincón donde un retorcido cable salió casi graciosamente de la pared. Hicieron cierto empalme y la máquina cobró vida y movimiento.

—¿Qué hacen?— preguntó Graham señalando con el vaso vacío á los dos personajes, y tratando de no hacer caso del examen del recién llegado.—¿Es que... algún manantial de fuerza... se esconde en aquel rincón?

—Sí—dijo el hombre de la barba puntiaguda.

—Y ¿qué es aquello?

Indicando el arco de detrás de él.

El hombre de túnica púrpura, movió su pequeña cabeza, vaciló, y contestó en voz baja.

—Es Howard, el guardián en jefe de usted. Verá usted, señor... es algo dificultoso explicarlo. El Consejo paga un guardián y varios asistentes. Este edificio, con ciertas restricciones, es del dominio público. El pueblo podía entrar libremente. Nosotros hemos cerrado las puertas por la primera vez. Pero yo creo... si á usted le es igual, que será mejor que él se lo explique.

—¿Qué extravagancia!—dijo Graham.—¿Guardián! ¿Consejo!

Después, volviendo la espalda al recién llegado, preguntó en voz baja.

—¿Por qué me mira tanto ese hombre? ¿Es un hipnotizador?

—¿Hipnotizador! Es un capilotomista.

—¿Capilotomista!

—Sí... uno de los más famosos. Su renta anual es de seisdoz leones.

A Graham le sonó aquello á disparate. Se fijó en la última frase con mente insegura.

—¿Seisdoz leones!

—¿Ustedes no tenían leones? Supongo que no. Tenían ustedes las antiguas libras. Los leones son nuestra unidad monetaria.

—¿Pero por qué ha dicho usted... seisdoz?

—Sí. Seis docenas, señor. Naturalmente, las cosas, aun las más pequeñas, han sufrido alteración; usted en los días del sistema decimal, el sistema árabe... dieces, y pequeños cientos, y miles. Nosotros usamos el sistema duodecimal, y tenemos once cifras. Tenemos simples cifras para el diez y el once, dos cifras para la docena, y una docena de docenas forman la gruesa, un gran ciento, ya sabe usted, una docena de gruesas una docenada, y una docenada de docenadas, la miriada. ¿Muy sencillo, verdad?

—Así parece—dijo Graham.—Pero ese gorro ¿qué es?

El hombre de la barba puntiaguda miró por encima del hombro.

—¿Ahí tiene usted sus vestidos!—dijo.

Graham giró bruscamente sobre sus talones, y vió al sastre que le miraba sonriendo, con algunas prendas de vestir sobre el brazo. El muchacho de pelo ralo, empujaba la complicada máquina con un dedo hacia el biombo por donde había aparecido. Graham retrocedió al ver su vestido completo.

—¿Usted no querrá decir?...

—¿Que está terminado?— Véalo usted —contestó el sastre.

Dejó caer las prendas á los piés de Graham, se dirigió al lecho donde Graham había yacido tanto tiempo, apartó el colchón traslucido y volvió hacia arriba el espejo. En este momento un furioso campanillazo hizo correr hacia el rincón al hombre fornido. El de la barba puntiaguda fué en su seguimiento y luego se precipitó hacia el arco.

El sastre estaba ayudando á Graham á ponerse su vestido de color púrpura oscura, calzas americanas y pantalones, todo en uno, cuando el hombre fornido, se alejó del rincón para salir al encuentro del de la barba en punta, que regresaba de la terraza. Empezaron á hablar vivamente en voz baja, delatando su aspecto una inequívoca ansiedad. Sobre la púrpura oscura siguió una túnica de raso blanco, y Graham quedaba vestido á la moda una vez más, y se vió de amarillento rostro, sucio y sin afeitar todavía, pero no desnudo cuando menos, y hasta airoso.

—Es preciso que me afeite—dijo mirándose al espejo.

—Al momento contestó Howard.

Cesó el incesante examen. El joven de faz pálida cerró los ojos, y con una ancha mano extendida avanzó hacia Graham abriendo los ojos de nuevo. Después se detuvo, accionando lentamente con la mano, y miró en torno suyo.

—Una silla—dijo Howard con impaciencia, y en un santiamén el hombre de la barba puntiaguda puso una silla detrás de Graham.—Hágame usted el favor de sentarse—dijo Howard.

Graham vaciló, y en la otra mano del hombre de ardentísimos ojos vió relucir un arma.

—¿No comprende usted, señor?—exclamó el de la barba puntiaguda con presurosa cortesanía.—Va á cortar á usted el cabello.

—¡Oh!—exclamó Graham tranquilizado.—¡Pero usted le ha llamado!...

¡Un capilotomista... precisamente! ¡Uno de los mejores artistas del mundo!

Graham se sentó bruscamente. El de la barba puntiaguda desapareció. El capilotomista se aproximó con

graciosos gestos, examinó las orejas á Graham, el cogote, y hubiera vuelto de nuevo á alejarse para echarle un vistazo á no ser por las visibles muestras de impaciencia de Howard. Por lo cual con rápidos movimientos, y una sucesión de tajos y mandobles, rasuró la barba á Graham, el bigote, y cortó y arregló sus cabellos. Y todo esto lo hizo sin decir una palabra, con algo del aire de un poeta inspirado. Y tan pronto como hubo concluído, le pusieron á Graham un par de zapatos.

Súbitamente oyóse gritar una voz gruesa que parecía salir de una pieza de maquinaria del rincón.

—¡Deprisa... deprisa! El pueblo lo conoce todo. Se abandona el trabajo. Abandonadlo todo y venid.

Estos gritos parecieron conturbar á Howard extremadamente. Por sus gestos parecióle á Graham que vacilaba entre dos direcciones. De pronto se encaminó al rincón donde el aparato estaba debajo de la pequeña bola de cristal. Al hacerlo así, el apagado tono de los gritos que venía de la arcada y que había persistido durante todas estas ocurrencias aumentó grandemente, disminuyó de nuevo como si pasase y cayó de nuevo en el apagado tono, lo mismo que si hubiese retrocedido. Esto produjo en Graham una atracción irresistible. Miró al hombre fornido y después obedeció á su impulso. En dos saltos se plantó en el corredor, y en menos tiempo del que se necesita para contarle, estaba junto á la balaustrada donde vió primero á los tres hombres.

CAPITULO V

LOS CAMINOS MOVIBLES

Se aproximó al parapeto de la terraza y miró hacia arriba. Una exclamación de sorpresa á su aparición y los movimientos de una compacta multitud, llegaron de la extensa área que se extendía debajo.

La primera impresión se la produjo la arquitectura.

El lugar en que miraba era una nave de colosales dimensiones, curvándose espaciosamente á ambos lados. Encima, elevadas cuadernas cruzaban aquel anchuroso espacio, cubierto por una materia translúcida. Gigantes bombas de fría y blanca luz, hacían palidecer los rayos del sol que se filtraban á través de los cables y alambres. Aquí y acullá un puente suspendido se enfilaba en el vacío y el espacio era un tejido de esbeltos cables. Un altísimo edificio se levantaba sobre él, como observó al mirar hacia arriba, y la fachada opuesta era gris y confusa, y estaba interrumpida por grandes arcadas, perforaciones circulares, balcones, machones, torrecillas, miles de ventanas y una intrincada red de ornamentaciones. En medio de todo esto campeaban inscripciones horizontal y oblicuamente, con caracteres que no le eran familiares. Aquí y allá, cerca del techo, cables de grandes dimensiones estaban tendidos y caían en áspera curva sobre salidas circulares en el extremo opuesto del espacio, y hasta cuando Graham se fijó en esto, la lejana y diminuta figura de un hombre, vestido de azul pálido, llamó su atención. Aquella pequeña figura estaba muy alejada sobre el espacio, cerca del punto más alto de uno de aquellos cables, apartándose de un pequeño promontorio de albañilería y manejando algunos invisibles cordones dependientes de la línea. Después, de pronto, abatiéndose con una rapidez que heló la sangre á Graham, aquel hombre se dejó ir por la curva y desapareció á través de una abertura practicada al otro lado. Graham había estado mirando hacia arriba cuando salió á la terraza, y las cosas que vió encima y enfrente de él, habían entretenido su atención con exclusión de cualquier otro objeto. Después, de pronto, descubrió la carretera. No era en modo alguno una carretera, como Graham comprendía estas cosas, pues en el siglo XIX los caminos y calles no eran más que aplanadas fajas de tierra inmóvil, un espacio para los vehículos entre estrechas aceras. Pero esta carretera tenía trescientos piés de ancho, y andaba; andaba excepto una faja en el centro, la parte más baja. Por un momento, la visión deslumbró su mente. Después comprendió.

Bajo la terraza, esta carretera corría velozmente á la derecha de Graham, moviéndose á lo largo con la rapidez de un expreso del siglo XIX, así como interminables plataformas de estrechas y transversales pizarras con pequeños espacios entre ellas, sin duda para permitir que el conjunto pudiese seguir las curvas. Sobre estas plataformas había asientos, y aquí y allá se veían pequeños kioscos, pero pasaban con demasiada rapidez para que se pudiese ver á los que iban dentro. Desde estas más cercanas y rápidas plataformas, descendían otras hacia el centro del espacio. Cada una se movía hacia la derecha, cada una perceptiblemente más despacio que la superior inmediata, pero la diferencia era lo bastante pequeña para permitir al transeunte pasar de plataforma sin interrupción, desde la más rápida á la faja inmóvil de enmedio. Más allá de esta faja mediana, había otra interminable serie de plataformas, corriendo con variable velocidad á la izquierda de Graham. Y agrupadas sobre las dos plataformas mayores y más veloces, había una innumerable multitud de lo más abigarrado del mundo.

—¡Usted no debe permanecer ahí!—gritó de pronto Howard á su lado.—¡Venga usted conmigo inmediatamente!

Graham no le contestó. Oía sin oír. Las plataformas se deslizaban con ruido y la gente gritaba. Vió mujeres y muchachas con los cabellos flotantes, bellamente vestidas, con bandas que las cruzaban el pecho. Esto lo observó primero entre la confusión. Después observó que la nota dominante en aquel kaleidoscopio de ropas, era el color azul pálido, el mismo que llevaba el ayudante del sastre. Tuvo la seguridad de distinguir gritos de: «¡El durmiente! ¿Qué le ha ocurrido al durmiente?» y parecióle como si las veloces plataformas que pasaban ante sus ojos, se vaciasen en un momento de su carga, para aparecer de nuevo más espesa. Notó que el área central inmóvil de este arco colosal, opuesta á la terraza estaba densamente ocupada por gente de traje azul. Una especie de lucha había tomado cuerpo. La gente parecía impelida hacia las plataformas del otro lado, alejándose contra

su voluntad. Pero tan pronto como estaban más allá de aquel núcleo, volvían de nuevo á la derecha, y se unían al tumulto.

— ¡Es el durmiente! ¡Es el durmiente! — gritaban unos.

— ¡Ese nunca ha sido el durmiente! — vociferaban otros.

Los rostros vueltos hacia él eran cada vez más numerosos. A intervalos, á lo largo del área central, Graham notó vomitorios, pozos, aparentemente escaleras por donde subía y bajaba la gente. La lucha parecía localizada en uno de los vomitorios más próximos á él. La gente pasaba de plataforma en plataforma, mañosamente, dirigiéndose á allí. Los que estaban aglomerados en las plataformas más elevadas, compartían su interés entre aquel punto y la terraza. Cierta número de hombres robustos vistiendo uniforme de un rojo brillante, y maniobrando metódicamente, estaban ocupados, al parecer, en impedir el acceso á aquella escalera. En torno de ellos se acumulaba rápidamente la multitud. Su brillante color contrastaba vivamente con el azul pálido de sus antagonistas, pues la lucha era indisputable.

Vió todo esto en tanto que Howard le gritaba al oído y le sacudía por el brazo. Y después Howard se alejó repentinamente dejándole sólo.

Notó que los gritos de «¡El durmiente!» aumentaban en intensidad y que la gente de las plataformas más cercanas estaba de pie. La plataforma más próxima y veloz estaba vacía á su derecha, y más lejos á través del espacio, las plataformas que marchaban en contraria dirección venían cargadas, y continuaban después vacías. Con increíble rapidez una inmensa multitud se había reunido en el espacio central; una densa y ondulante masa de gente, y los gritos subieron de un pasadero rumor á un atronador é incesante clamoreo: «¡El durmiente! ¡El durmiente!» y alaridos y vivas, una oleada de colores y gritos de «¡Detened los caminos!» Asimismo proferían otro nombre extraño á Graham. Algo así como «Ostrog». Las plataformas más bajas muy pronto se llenaban de gente activa, yendo contra el movimiento al

propio tiempo que procuraban detenerse delante de las terrazas.

«¡Detened los caminos!» gritaban. Ágiles figuras marcharon velozmente del centro al fugitivo camino más cercano á la terraza; pasaban rápidos por delante de Graham y corrían después oblicuamente á la meseta central. Una cosa pudo oír distintamente: «¡Es desde luego el durmiente! ¡Es el durmiente!» afirmaban.

Durante cierto intervalo Graham no hizo movimiento alguno. Después se dió cuenta de que todo aquello se refería á él. Le complacía aquella admirable popularidad; saludó, y, adoptando una actitud graciosa, describió un semicírculo con el brazo. Le asombró el violento clamoreo que esto produjo. El tumulto en torno del vomitorio adquirió furiosa violencia. Divisó terrazas repletas de gente, hombres que se deslizaban á lo largo de cuerdas, hombres encaramados en asientos parecidos á trapecios, que surcaban el aire. Oyó voces á su espalda, proferidas por cierto número de personas que bajaban los escalones á través del arco; se percató súbitamente de que su guardián Howard estaba junto á él de nuevo, asiéndole del brazo y gritándole algo ininteligible.

Volvióse y notó que Howard estaba descolorido.

— Retirémonos—le oyó decir.— ¡Van á detener los caminos! ¡Toda la ciudad va á ponerse en conmoción!

Vió que algunos individuos corrían presurosos á lo largo del corredor de pilares azules, tras Howard, el hombre de rojizo pelo, el de la barba en punta, un hombre alto, con vestidos del más vivo bermellón; otros con ropas encarnadas, y en el rostro de todos se pintaba la mayor ansiedad.

— ¡Sacadle de aquí! — gritó Howard.

— ¿Pero por qué? — preguntó Graham.— No sé...

— ¡Es menester que nos siga usted! — dijo el del traje color vermellón, con acento resuelto. Sus ojos y semblante expresaban también la mayor resolución. Las miradas de Graham fueron de uno á otro, y se dió repentinamente cuenta del sentimiento más desagradable de la vida: la compulsión. Alguien se aferró á su brazo...

Le sacaban de allí. Pareció como si el tumulto se hu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29261

biera dividido en dos, como si la mitad de los gritos que habían llegado á él desde aquél maravilloso camino, hubiesen encontrado eco en los corredores del gigantesco edificio á sus espaldas. Maravillado y confuso, sintiendo un impotente deseo de resistirse, Graham fué entre conducido y arrastrado á través del corredor de pilares, y bien pronto se encontró sólo con Howard en una especie de ascensor, remontándose velozmente.

CAPITULO VI

EL SALÓN DEL ATLAS

Desde el momento en que el sastre se había despedido de él, hasta el momento en que Graham se encontró en el ascensor, apenas si habían transcurrido cinco minutos. Y así como todavía la broma de aquel largo intervalo de sueño se cernía sobre él, del mismo modo la inicial extrañeza de estar vivo en un siglo tan remoto lo llenaba todo, con un sentimiento de admiración, sobrenatural, con algo de la calidad de un sueño realista. Estaba todavía sujeto, atónito espectador, y sólo medio desembarazado en la vida. Lo que había visto, y especialmente aquel tumulto, contemplado desde el parapeto de la terraza, le parecía un espectáculo, semejante á una cosa presenciada desde el palco de un teatro.

—No he comprendido—dijo.—¿Qué ha ocurrido? Mi cabeza es un torbellino. ¿Por qué gritaban? ¿Qué peligro amenaza?

—Tenemos nuestros sinsabores—dijo Howard. Sus ojos evitaron las interrogadoras miradas de Graham.—Atravesamos un período de intranquilidad. Y, finalmente, la aparición de usted, su despertar precisamente en estos momentos, tiene cierta relación...

Hablaba á fragmentos como quien no está seguro de lo que se dice. Se detuvo bruscamente.

—No comprendo—dijo Graham.

—Más tarde verá usted con mayor claridad—replicó Howard.

Miró hacia arriba con inquietud, como si encontrase demasiado lento el movimiento del ascensor.

—No dudo que lo comprenderé mejor cuando vea más claramente trazado mi camino—dijo Graham desorientado.—Esto es... hay motivos para estar perplejos. ¡Hasta ahora todo es tan extraño! Nada parece posible. Nada. Ni siquiera en los detalles...

El ascensor se detuvo, y se apearon en un estrecho pero larguísimo corredor entre altas paredes, á lo largo de las cuales corría extraordinario número de tubos y gruesos cables.

—¡Qué lugar tan inseguro!—dijo Graham.—¿Es todo ello un solo edificio? ¿Qué usos tiene?

—Es uno de los varios centros públicos para ciertos servicios. Luz, fuerza, y otros.

—¿Era un tumulto político... aquél... en el camino? ¿Qué forma de gobierno impera? ¿Tienen ustedes policía aun?

—Mucha—dijo Howard.

—¡Mucha!

—Sobre unos cuarenta.

—No lo entiendo.

—Probablemente no. Nuestro orden social debe parecerle á usted demasiado complicado, yo mismo no lo comprendo muy claramente. Ni creo que nadie. Usted quizás pueda... más adelante. Ahora vamos al Consejo.

La atención de Graham estaba dividida entre la urgente necesidad de sus investigaciones, y la gente que encontraba en los corredores y patios por donde pasaban. A veces su mente estaba concentrada sobre Howard y las ambiguas respuestas que daba, y luego perdía la hilación, atraído por alguna viva é inesperada impresión. A lo largo de los corredores, en los patios, la mitad de las personas que veía llevaban el uniforme encarnado. La tela azul pálido tan abundante en la nave del camino móvil, no se veía allí. Invariablemente aquellos hombres le miraban y le saludaban á él y á Howard cuando pasaban.

Tuvo la clara visión de haber entrado en un largo corredor, y allí había gran número de muchachas sentadas en asientos bajos y en la actitud del que asiste á una cátedra. No vió profesor, sino un nuevo aparato del cual imaginó que procedía una voz. Las jóvenes le miraron á él y á su conductor, á su parecer, con curiosidad y sorpresa. Pero pasó antes de que pudiese formarse una idea de la índole de aquella reunión. Juzgó que conocerían á Howard y que se preguntarían sobre él. Aquel Howard, al parecer, era una persona de importancia. Pero al propio tiempo era el guardián suyo meramente. Esto era raro.

Llegó á un corredor á media luz, y en este corredor colgaba un pasillo, de modo que podía ver los piés y piernas de las personas que iban y venían, pero nada más. Después vaga confusión de galerías y algún transeunte que casualmente volvía la cabeza para mirar á la presurosa pareja.

La duración de los tónicos que había tomado no era de mucho tiempo. Sentía ya cansancio por tan rápida caminata. Dijo á Howard que acortase el paso. Pronto estuvo en un ascensor que tenía una ventana sobre el gran camino, pero aunque abrieron el vidrio estaban demasiado elevados para poder ver las movibles plataformas á sus piés. Sólo vió personas que iban y venían á lo largo de cables de aspecto endeble.

Y después pasaron á través de la calle á una gran altura. La cruzaron mediante un puente cerrado con cristales, tan claro, que le daba vértigos sólo recordarlo después. El suelo era asimismo de cristal. Por la memoria del acantilado entre New Quay y Boscastle, tan remota en el tiempo y tan reciente en su experiencia, parecióle que debían estar á unos cuatrocientos pies sobre el camino movable. Se detuvo, miró abajo, entre sus pies, sobre la agitada muchedumbre encarnada y azul, diminuta y lejana, luchando y gesticulando todavía frente á la pequeña terraza, tan distante, que parecía un juguete, y donde había estado él, no hacía mucho rato. Un hombre sentado en un pequeño asiento de madera, bajando de algún punto mucho más elevado que el estrecho

puente, se deslizaba por un cable con tanta velocidad como si cayese. Graham se detuvo involuntariamente para observar cómo el extraño viajero desaparecía en una abertura circular, y luego volvió de nuevo los ojos á la tumultuosa lucha.

A lo largo de una de las secciones más rápidas corría un grupo de cosas encarnadas. Estas cosas se tornaron en figuras humanas al aproximarse á la terraza, y después huían saltando á las plataformas más bajas y de allí al lugar donde la lucha era más encarnizada. Aquellos hombres de encarnado parecían armados de palos ó garrotes; los esgrimían y empleaban contra la multitud. Un gran vocerío, gritos de furor, rugidos, llegaron hasta Graham.

—Adelante—exclamó Howard asiéndole del brazo.

Otro hombre pasó descendiendo por un cable. Graham levantó los ojos para ver de dónde venía, y á través del vítreo techo y de la red de cables y alambres, vió confusas formas pasando como las de un molino de viento, y entre ellas, ojeadas de un remoto y pálido cenit. Después Howard le hizo adelantar y se encontraron en un estrecho pasillo decorado con modelos de geometría.

—Deseo ver más de esto—exclamó Graham resistiéndose.

—No, no—dijo Howard sin soltarle el brazo.—Por aquí. Debe usted seguir este camino.

Y los hombres de encarnado que les seguían, parecían dispuestos á apoyar sus órdenes.

Algunos negros, con un curioso uniforme amarillo y negro se vieron al extremo del pasillo, y uno se apresuró á levantar una compuerta corredera por donde pasaron. Graham se encontró en una galería donde remataba una vasta cámara. El negro cruzó ésta, abrió otra compuerta, y esperó.

El lugar tenía la apariencia de una antecámara. Vió cierto número de personas en el espacio central, y en el extremo opuesto, una ancha é imponente puerta á la que se subía por unas cuantas gradas, cubierta con pesados cortinajes, pero dejando entrever la idea de otro salón más vasto detrás. Vió hombres blancos con uniforme en-

carnado y otros negros de amarillo y negro, que permanecían junto á aquella puerta.

Al cruzar la galería oyó debajo un murmullo de «El durmiente» y observó miradas de curiosidad y observación. Entraron en otro pequeño pasillo, en la pared de esta antecámara, y se encontró en otra galería de metal que se extendía en uno de los lados del gran salón que había supuesto detrás de los pesados cortinajes. Entró en el local por uno de los ángulos, de modo que pudo apreciar plenamente sus gigantescas proporciones. El negro, con uniforme de color de avispa, estaba sentado, como un sirviente solícito, y cerró la puerta trás él.

Comparado con los lugares que Graham había visto hasta entonces, este segundo salón parecía decorado con extrema riqueza. Sobre un pedestal, en el extremo opuesto, é iluminado con más brillantez que ningún otro objeto, se veía una colosal figura blanca de Atlas, fuerte y musculoso, llevando el globo sobre sus hombros. Fué la primera cosa que llamó su atención, tan inmenso era, tan real, tan blanco y sencillo. Salvo esta figura, y un estrado en el centro, todo lo demás del inmenso pavimento estaba vacío. El estrado aparecía remoto por las dimensiones del área, y se le hubiese tomado por una mera plancha de metal, á no ser por el grupo de siete hombres que estaban sobre él, alrededor de una mesa, y daban una idea de sus proporciones. Todos ellos llevaban blancas vestiduras duras, parecían haberse levantado de sus sillas en aquel momento y miraban fijamente á Graham. Este vió en uno de los ángulos de la mesa, varios aparatos de uso desconocido.

Howard le acompañó á lo largo de la galería hasta estar al extremo opuesto de la gigantesca figura. Allí se detuvo. Los dos hombres encarnados que les habían seguido hasta entonces se colocaron uno á cada lado de Graham.

—Permanezca usted aquí—murmuró Howard—unos pocos momentos—y, sin esperar respuesta, salió apresuradamente por la galería.

—¿Pero, por qué?—exclamó Graham.

Hizo un movimiento como para seguir á Howard, pero uno de los hombres de encarnado le obstruyó el paso.

—No puede usted moverse de aquí, señor—dijo.

—¿Por qué?

Ordenes, señor.

—¿Qué órdenes?

—Nuestras órdenes, señor.

Graham procuró contenerse.

—¿Qué lugar es este?—dijo después.—¿Quiénes son esos hombres?

—Los lores del Consejo, señor.

—¿Qué Consejo?

—El Consejo.

—¡Oh!—dijo Graham, y después de una tentativa, igualmente ineficaz, con el otro hombre, se acercó á la barandilla y miró á los hombres de blanco, que le observaban, y cuchicheaban entre sí.

¡El Consejo! Notó que ahora eran ocho, pero no había visto la llegada del nuevo. No hacían movimiento alguno de acogida; le contemplaban como en el siglo XIX un grupo de curiosos hubiera contemplado desde la calle, un distante globo salido de entre las nubes. ¿Qué Consejo podía ser el que estaba reunido allí, este pequeño grupo de hombres debajo del significativo blanco Atlas, privados de todo auditorio en aquel vasto departamento? ¿Y por qué le habían llevado ante ellos, y le miraban de un modo tan extraño, y hablaban en voz baja?

Howard apareció, caminando vivamente á través del brillante pavimento, hacia la mesa. Al llegar á ésta, inclinóse é hizo algunos peculiares movimientos aparentemente de carácter ceremonioso. Después subió los escalones del estrado, y se detuvo junto á los aparatos.

Graham observaba aquella visible pero no perceptible conservación. De vez en cuando, uno de los hombres de blanco ropaje le dirigía una mirada oblícua. En vano aguzó el oído. Los gestos de dos de los lores se hicieron animados. Graham pasó la mirada de ellos á los impassibles rostros de sus oyentes... Cuando volvió á mirar de nuevo, Howard extendía las manos y movía la cabeza como un hombre que protesta. Fué interrumpido, á lo

que pareció, por los golpes de uno de aquellos personajes sobre la mesa.

La conversación duró un espacio de tiempo interminable á juicio de Graham. Sus ojos se alzaron al inmóvil gigante á cuyos piés se sentaba el Consejo. Después recorrieron las paredes del departamento. Estaba decorado con grandes y pintados tableros de un estilo casi japonés, algunos de ellos muy bellos. Estos tableros estaban encajados en un grande y detallado bastidor de metal oscuro, que se prolongaba hasta las metálicas cariátides de las galerías. La fácil gracia de aquellos tableros ponía de relieve al elevado y blanco Atlas en el centro del salón. Después Graham volvió los ojos al Consejo, y vió que Howard descendía del estrado. Cuando sus facciones fueron visibles para él, Graham notó que estaba encendido como el fuego; su aspecto era aún turbado cuando apareció á lo largo de la galería.

—Por aquí—dijo concisamente, y se aproximaron en silencio á una puertecilla que se abrió á su llegada. Los dos hombres encarnados se detuvieron uno á cada lado de esta puerta. Howard y Graham pasaron, y Graham, echando una mirada hacia atrás, vió al blanco Consejo, aun agrupado y contemplándole. Después, la puerta se cerró tras él, con pesado rechinamiento, y, por la primera vez desde que había despertado, se encontró rodeado de silencio. Ni aun el pavimento sonaba bajo sus piés.

Howard abrió otra puerta y se encontraron en la primera de dos habitaciones contiguas decoradas y amuebladas de verde y blanco.

—¿Qué Consejo es ese?—preguntó Graham.—¿Qué estaban discutiendo? ¿Qué tienen que ver conmigo?

Howard cerró la puerta cuidadosamente, lanzó un hondo suspiro y musitó algo entre dientes. Anduvo en sentido diagonal hasta el ángulo, y regresó con las mejillas enrojecidas otra vez.

—¡Uf!—exclamó en tono de fastidio.—Es necesario que usted comprenda—dijo bruscamente evitando las miradas de Graham,—que nuestro orden social es muy complicado. Una media explicación, una mera divagación le dejaría á usted falsas impresiones. En verdad... es un

caso de intereses compuestos, en parte... su pequeña fortuna, y la fortuna de mi primo Warming, que heredó usted... y otras nacidas después... todo esto ha llegado á ser muy considerable. Y por otra parte, que le sería á usted difícil comprender... usted ha venido á ser persona de gran consideración... de inmensa consideración... relacionada con los asuntos del mundo.

Se detuvo.

—¿De veras?—dijo Graham.

—Tenemos graves complicaciones de orden social.

—¿Sí?

—Las cosas han llegado á un extremo, que, realmente, la prudencia dicta que sea usted recluso.

—¡Tenerme prisionero!—exclamó Graham.

—Bueno... rogarle á usted que se mantenga en reclusión...

Graham se volvió á él.

—¡Es muy extraño!—dijo.

—No se le hará á usted el menor daño.

—¡Daño!

—Pero es necesario que permanezca usted aquí...

—Mientras que me ponga al tanto de mi posición, presumo.

—Precisamente.

—Entonces, está bien. Empecemos. ¿Qué peligro habría?...

—Aun no.

—¿Por qué no?

—Es una historia muy larga, señor.

—Mayor razón para empezarla inmediatamente. Usted dice que soy un personaje importante. ¿Qué eran aquellos gritos que he oído? ¿Por qué la muchedumbre aparece excitada á mi despertar, y quiénes son esos hombres vestidos de blanco reunidos en aquel inmenso departamento?

—Todo á su debido tiempo, señor—dijo Howard.—No nos precipitemos, no nos precipitemos. Estamos en uno de esos calamitosos tiempos en que nadie tiene la cabeza sentada. Su despertar... nadie lo esperaba. El Consejo está deliberando.

—¿Pero qué Consejo?

—El que usted ha visto.

Graham hizo un movimiento de desdén.

—Eso no es justo—dijo.—Quiero que se me diga lo que ocurre.

—Espere usted... es menester que espere usted.

Graham se dejó caer bruscamente en una silla.

—Supongo que habiendo esperado tanto para reanudar la vida—dijo,—puedo esperar un poco más.

—Eso es más prudente—dijo Howard.—Sí, mucho más prudente. Y ahora tengo que dejarle á usted aquí. Sólo por un rato. Lo necesario para esperar la deliberación del Consejo... lo siento mucho.

Encaminóse á la silenciosa puerta, vaciló, y salió por último.

Graham se aproximó á la puerta, trató de abrirla, encontróla sólidamente cerrada por algún medio que nunca pudo comprender, dió algunos pasos con intranquilidad, hizo un viaje circular alrededor del aposento, y volvió de nuevo á sentarse. Permaneció así gran rato, con los brazos cruzados y fruncidas las cejas, y después, mordiéndose las uñas, trataba de reunir las kaleidoscópicas impresiones de aquella primera hora de su vuelta á la vida; los vastos espacios mecánicos, la interminable serie de aposentos y corredores, la gran lucha entablada á lo largo de aquellos extraños caminos, el pequeño grupo de remotos y antipáticos hombres bajo la colosal estatua de Atlas, la misteriosa conducta de Howard. Y luego la alusión á una vasta herencia, que se había fijado en su mente—vasta herencia quizás indebidamente empleada—de alguna impropia importancia y oportunidad. ¿Qué haría? ¡Y el silencio de aquel cerrado aposento tenía la elocuencia de una prisión!

Pasó por la mente de Graham con irresistible convicción que esta serie de maravillosas impresiones no era sino un sueño. Trató de cerrar los ojos y lo consiguió pero sólo por unos momentos.

Después comenzó á palpar y examinar los objetos desconocidos enseres de las dos habitaciones que le servían de prisión.

En un espejo oval pudo verse y retrocedió asombrado. Iba vestido con un gracioso ropaje de púrpura y raso blanco, con una corta barba terminada en punta, y sus cabellos, grises ya en muchos sitios, arreglados sobre la frente, de una manera extraña, pero no desprovista de gracia. Aparecía como un hombre de unos cuarenta y cinco años. Por un momento no se reconoció.

Una carcajada acompañó al reconocimiento.

—¡Ir á casa de Warming así—exclamó,—y pedirle que me llevase á almorzar!

Luego pensó en la sorpresa de encontrar á uno ahora y á otro después de sus compañeros de la juventud, y en medio de su contento, se dió cuenta de que todos aquellos con quienes podía solazarse, habían muerto hacía siglos. Tal pensamiento le impresionó rápida y profundamente; se detuvo y su expresión pasó del contento á la consternación.

El tumultuoso recuerdo de las movibles plataformas y la ciclópea fachada de aquella maravillosa calle le dieron toda seguridad. La vociferadora multitud volvió á su mente vívida y clara, y aquellos misteriosos y glaciales hombres vestidos de blanco. Sintióse una diminuta figura, pequeña é ineficaz, lastimosamente conspicua y creyó que todo lo que le rodeaba en el mundo era *extraño*.

CAPITULO VII

EN LAS SILENCIOSAS HABITACIONES

Después Graham reanudó el examen del aposento. La curiosidad le hacía ir de aquí para allá, á pesar de su fatiga. La habitación interior era alta, y el techo tenía forma de cúpula, con una abertura oblonga en el centro, que se abría sobre un tubo, en el cual una rueda de anchas alas giraba, aparentemente con objeto de renovar el aire. La débil y candenciosa nota en su acompañamiento

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON
UNIVERSITARIA
pasada

"ALFONSO REYES"

1066. 1625 MONTERREY, MEXICO